

Se discutió el proyecto con seriedad, y al día siguiente por la tarde fueron los tres á estudiar el terreno.

Era domingo, había novillos en la plaza, pasaban por la calle de Alcalá ómnibus y tranvías llenos de bote en bote, manuelas ocupadas por mujeres con mantones de Manila y hombres de aspecto rufianesco.

En los alrededores de la plaza el gentío se amontonaba; de los tranvías bajaban grupos de gente que corrían hacia la puerta; los revendedores se abalanzaban sobre ellos voceando; brillaban, entre la masa negra de la multitud, los cascos de los guardias á caballo. Del interior de la plaza salía un vago rumor, como el de la marea.

Vidal, el Bizco y Manuel, lamentándose de no poder entrar allí, siguieron adelante, pasaron las Ventas y tomaron el camino de Vicálvaro. El viento sur, cálido, ardoroso, blanqueaba de polvo el campo; por la carretera pasaban y se cruzaban coches de muerto blancos y negros, de hombres y de niños, seguidos de tartanas llenas de gente.

Vidal mostró la casa: hallábase á un lado del camino; parecía abandonada; por delante la rodeaba un jardín con su verja, por la parte de atrás se extendía un huerto plantado de arbolillos sin hojas, con un molino para sacar agua. La tapia del huerto, baja, podía escalar-

se con relativa facilidad; ningún peligro amenazaba: ni vecinos curiosos ni perros; la casa más próxima, un taller de marmolista, distaba más de trescientos metros.

Desde las cercanías de la casa se divisaba el cementerio del Este, rodeado de campos áridos amarillos y lomas yermas; en dirección contraria se presentaba la Plaza de Toros con su bandera flameante y las primeras casas de Madrid; el camino del camposanto se tendía, polvoriento, por entre hondonadas y taludes verdes, por entre tejares abandonados y lomas con las entrañas de ocre rojo al descubierto.

Cuando examinaron bien las condiciones de la casa, volvieron los tres á las Ventas. De noche se hallaban dispuestos á regresar á Madrid; pero Vidal aconsejó el quedarse allá para dar el golpe al amanecer del día siguiente. Decidieron esto, y se tendieron en un tejear, en el callejón constituido por dos murallas de ladrillos apilados.

El viento frío sopló durante toda la noche con violencia. El primero que se despertó fué Manuel, y llamó á los otros dos. Salieron del callejón formado por los dos muros de ladrillo. Aún era de noche; un trozo de luna asomaba de vez en cuando en el cielo por entre las nubes oscuras; á veces se ocultaba, á veces parecía descansar en el seno de uno de

aquellos nubarrones, á los cuales plateaba débilmente.

A lo lejos, sobre Madrid, se cernía una gran claridad, irradiada de las luces del pueblo; en el camposanto blanqueaban algunas lápidas pálidamente.

El alba teñía con su claridad melancólica el cielo, cuando los tres socios se acercaron á la casa.

A Manuel le palpitaba el corazón con fuerza.

—¡Ah! Una advertencia—dijo Vidal—: Si por casualidad nos pescaran, no hay que echar á correr, sino quedarse dentro de la casa.

El Bizco se echó á reir; Manuel, que comprendía que su primo no hablaba por hablar, preguntó:

—¿Y por qué?

—Porque si nos pescan en la casa es un robo frustrado, y tiene poco castigo; en cambio, si nos cogieran huyendo, sería un robo consumado, lo que tiene mucha pena. Esto me lo dijeron ayer.

—Pues yo escapo si puedo—dijo el Bizco.

—Haz lo que quieras.

Saltaron la cerca de la casa; Vidal quedó á caballo encima, agachado, espionando, por si venía alguno. Manuel y el Bizco, á horcajadas, se acercaron á la casa y, afianzando el pie en el tejadillo de un cobertizo, bajaron á una te-

rraza con un emparrado un tanto más alto que la huerta.

A esta galería daban la puerta trasera y los balcones del piso bajo de la casa; pero estaban una y otros tan bien cerrados, que era imposible abrirlos.

—¿No se puede?—preguntó Vidal desde arriba.

—No.

—Ahí va mi navaja—, y Vidal la tiró á la galería.

Manuel intentó con la navaja abrir los balcones; pero no había medio; el Bizco se puso á empujar con el hombro la puerta; cedió algo, dejando un resquicio, y entonces Manuel introdujo por allí la hoja del cuchillo, é hizo correr la lengüeta de la cerradura hasta conseguir abrir la puerta. Al momento entraron el Bizco y Manuel.

El piso bajo de la casa constaba de un vestíbulo, desde donde comenzaba la escalera de un corredor, y de dos gabinetes con balcón al huerto.

La primera idea de Manuel fué salir al vestíbulo y echar el cerrojo á la puerta que daba á la carretera.

—Ahora— le dijo al Bizco, que quedó admirado de aquel rasgo de prudencia—, vamos á ver qué hay aquí.

Se pusieron á registrar la casa con tranqui-

lidad, sin apresurarse; no había nada que valiera tres ochavos. Estaban forzando el armario del comedor cuando, de pronto, oyeron muy cerca los ladridos de un perro, y salieron asustados á la galería.

—¿Qué hay?—preguntaron á Vidal.

—Un condenado perro que se ha puesto á ladrar y va á llamar la atención de alguno.

—Tírale una piedra.

—¿De dónde?

—Asústale.

—Ladra más.

—Baja aquí, si no te van á ver.

Vidal saltó al huerto. El perro, que debía ser un perro moral, defensor de la propiedad, siguió ladrando fuerte.

—Pero ¡leñe!—dijo Vidal á sus amigos—¿no habéis concluído?

—¡Si no hay nada!

Entraron los tres llenos de miedo, atortolados, cogieron una servilleta y metieron dentro lo que encontraron á mano, un reloj de cobre, un candelero de metal blanco, un timbre eléctrico roto, un barómetro de mercurio, un imán y un cañón de juguete.

Vidal se subió á la tapia con el lío.

—Ahí está—dijo asustado.

—¿Quién?

—El perro.

—Yo bajaré primero—murmuró Manuel—y

se puso la navaja en los dientes y se dejó caer. El perro, en vez de acercarse, se alejó un poco, pero siguió ladrando.

Vidal no se atrevía á saltar la tapia con el lío en la mano y lo echó con cuidado sobre unas matas; en la caída no se rompió más que el barómetro, lo demás estaba roto. Saltaron la tapia el Bizco y Vidal y los tres socios echaron á correr á campo traviesa, perseguidos por el perro defensor de la propiedad que ladraba tras de ellos.

—¡Que brutos somos!—exclamó Vidal deteniéndose—si nos ve un guardia correr así nos coge.

—Y si pasamos por el fielato, reconocerán lo que llevamos en el lío y nos detendrán—añadió Manuel.

La Sociedad se detuvo á deliberar y á tomar acuerdos. Se dejó el botín al pie de una tapia. Se tendieron en el suelo

—Por aquí—dijo Vidal—pasan muchos traperos y basureros á la Elipa. Al primero que veamos le ofrecemos esto.

—Si nos diese tres duros—murmuró el Bizco.

—Sí, hombre.

Esperaron un rato y no tardó en pasar un traperero con un saco vacío en dirección á Madrid. Le llamó Vidal y le propuso la venta.

—¿Cuánto nos da usted por estas cosas?

El traperero miró y remiró lo que había en el

lío y después en tono de chunga y manera de hablar achulapada preguntó:

—¿Dónde habéis *robao* eso?

Protestaron los tres socios, pero el trapero no hizo caso de sus protestas.

—No os puedo dar por *tó* más que tres pesetas.

—No—contestó Vidal—para eso nos llevamos el lío.

—Bueno. Al primer guardia que encuentre le daré vuestras señas y le diré que *sus* lleváis unas cosas *robás*.

—Vengan las tres pesetas—dijo Vidal—; tome usted el lío.

Tomó Vidal el dinero, y el trapero, riéndose, el envoltorio.

—Cuando veamos al primer guardia le diremos que lleva usted unas cosas *robás*—le gritó Vidal al trapero. Alteróse éste y empezó á correr detrás de los tres.

—¡*Esperaisos! ¡Esperaisos!*—gritaba.

—¿Qué quiere usted?

—Dame mis tres pesetas y toma el lío.

—No; denos usted un duro y no decimos nada.

—Un tiro.

—Denos usted aunque no sea más que dos pesetas.

—Ahí tienes una, bribón.

Cogió Vidal la moneda que tiró el trapero, y

como no las tenían todas consigo, fueron andando de prisa. Cuando llegaron á la casa de la Dolores en las Cambronerías, estaban rendidos, nadando en sudor.

Mandaron traer un frasco de vino de la taberna.

—Menuda chapuza hemos hecho ¡moler!—dijo Vidal.

Después de pagado el frasco les quedaban diez reales; repartidos entre los tres les tocaron á ochenta céntimos cada uno. Vidal resumió la jornada diciendo que robar en despoblado tenía todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas, pues además de exponerse á ir á presidio para casi toda la vida y á recibir una paliza y á ser mordido por un perro moral, corría uno el riesgo de ser miserablemente engañado.

